

MIGUEL DE UNAMUNO Y FRANÇOIS MAURIAC

Antes de que se deslice el año de 1964, conviene recordar que es el Centenario del nacimiento del gran pensador salmantino, quien tanto ha contribuido a las letras españolas y cuya obra sigue sirviendo como objeto de estudio y análisis: Don Miguel de Unamuno, y por este tiempo, no faltarán homenajes y estudios que saquen a relucir con mayor conocimiento y apreciación creciente la obra y el hombre mismo que fué el Rector de Salamanca. Parece de interés nombrar ahora a otra alma que a primera vista no parece tener mucho en común con don Miguel, pero que, sin embargo, al considerarle de más cerca, nos llama la atención por el gran número de puntos de semejanza, biográficos y literarios, que existen entre los dos escritores. Hablamos en el segundo caso del francés François Mauriac, coetáneo del vasco español, pues nació en 1885 y Unamuno unos veinte años antes, en 1864. Don Miguel murió el último día del año de 1936, en vísperas de la guerra civil*, y Mauriac, en cambio, disfruta aún de sus setenta y nueve años, caso tan activo como antes, pasando su tiempo entre París y su propiedad Malagar cerca de Burdeos. Hay que señalar que los dos autores no se conocieron personalmente, aunque Mauriac, en una carta al que esto escribe, dice haber leído *El Sentimiento Trágico de la Vida en los Hombres y en los Pueblos*, y esta lectura no le dejó nada impresionado. El hecho de que figuren en la Index Librorum *El Sentimiento Trágico* y *La Agonía del Cristianismo*, y que la figura controversial que hacía Unamuno por aquel entonces pueden reflejarse en la reacción del sensible Mauriac. Los escritos de Unamuno (tuvimos la oportunidad de examinar minuciosamente su biblioteca personal en la casa rectoral de Salamanca) no muestran referencia alguna ni al hombre Mauriac ni a su obra, lo cual no significa para Unamuno, lector voraz, que fuera Mauriac un desconocido.

Saltan a la vista varios aspectos semejantes, tanto biográficos como literarios, en la vida y obra de Miguel de Unamuno y de François Mauriac, pues sin conocerse y como por casualidad escribieron obras con títulos casi idénticos. De Unamuno tenemos *Recuerdos de Niñez y Mocedad* (1908), y de Mauriac, *Commencements d'une Vie* (1932); *Cómo se hace una Novela* (1925), y *Le Romancier et ses Personnages* (1933); la novela familiar auto-

* Nota del E.: La guerra civil española se inició el 18 de julio de 1936 y Unamuno jugó su papel, ya valorado en las biografías y otros estudios en esta coyuntura de España.

biográfica *La Tía Tula* (1921), y de Mauriac, *Le Mystère Frontenac* (1933). Claro está que cada escritor tiene su propio ingenio y su mérito particular y poco sirve el compararle con otros; sin embargo, la semejanza que existe entre estos dos escritores parece más que casual y superficial, lo que por sí mismo valdría el efectuar un estudio más detenido y de más amplitud; como hay entre el hombre y su obra un parentesco natural y como la obra trae consigo el testimonio del hombre, busquemos primero en la biográfica y luego en la obra de Unamuno y de Mauriac esos elementos comunes que explican el por qué del estudio presente.

Miguel de Unamuno y Jugo nació de padres vascos el día 29 de septiembre de 1864 en Bilbao, unos veintinueve años antes que François Mauriac en Burdeos el 11 de noviembre de 1885. Pasó aquél los primeros años en su ciudad natal, y cuyo recuerdo inolvidable queda impreso en las páginas de *Paz en la Guerra* (1897), su primera novela. Su padre, comerciante, murió en 1870 cuando el niño Miguel contaba apenas seis años. A no ser por las fotografías del padre que había en casa y por los recuerdos de su madre, que murió a principios del siglo*, se hubiera recordado poco a su padre. Niño de un medio pequeño burgués, Unamuno se crió sin padre en el seno de una familia vasca católica, en una casa regida por su madre piadosa, a quien quedó muy ligado y quien, como su esposa más tarde, hubo de tener un papel importante, tanto en su vida como en su obra. Fué un muchacho taciturno, tímido, aunque temerario y muy sensible; un muchacho de la ciudad, serio, silencioso y sencillo. Hubiera sido como cualquier otro si no fuera por haber tenido unos ojos ávidos y una curiosidad voraz que nunca le abandonaron. El bombardeo de Bilbao en la revolución de 1874 impresionó mucho a Unamuno cuando sólo tenía diez años de edad; es una fecha fundamental en su vida, y él mismo afirma que ahí terminó su infancia. Terminó, sin duda, mientras se manifestaba en él la conciencia social de las cosas, conciencia precoz de adolescente. Unamuno, como Mauriac después, había de añorar durante toda su vida aquellos primeros años que anhelaba tanto volver a vivir. "Sólo conservando una niñez eterna en el lecho del alma, sobre el cual se precipita y brama el torrente de las impresiones fugitivas, es cómo se alcanza a la verdadera libertad y se puede mirar cara a cara el misterio de la vida"¹.

Los primeros años pasados en el Instituto Vizcaíno nos presentan a un alumno mediano; pero a los catorce empieza la lectura de todo cuanto le cae bajo la mano. Su curiosidad intelectual se satisfacía leyendo los libros ideológicos que se encontraban en la biblioteca de su padre, donde el muchacho se encerraba, adentrándose en el mundo filosófico de Jaime Balmes y Donoso Cortés. Por los ojos de éstos conoce Unamuno a Kant, a Descar-

* N. del E.: Doña Salomé Jugo falleció en Bilbao el 15 de agosto de 1908.

¹ MIGUEL DE UNAMUNO: *Recuerdos de niñez y mocedad*. Espasa Calpe. Madrid. 1958, pág. 123.

tes y a Hegel, quien dejó en él las huellas más profundas. Estudiaba también a los poetas y a los escritores de todos los países. En 1880 salió de su "bochito" para cursar Filosofía y Letras en Madrid, donde se doctoró a los veinte años. Durante este tiempo Unamuno atravesaba una crisis de romanticismo a la que se añadía otra mística. Su deseo de saberlo todo, su voracidad intelectual le obligaban a leerlo todo y le hacía cambiar de parecer a la lectura de cada libro. Ello es que el joven pensador tocaba al período decisivo de su vida. Atrapado entre la formación austera y piadosa que había recibido de su familia y la fuerte impresión que le ocasionaban las lecturas en su espíritu rebelde, se ponía a racionalizar la fe heredada que se le había impuesto, y poco a poco "acabó por abandonarla en el más absoluto descreimiento; de puro querer creer perdió sus creencias, o para ser más veraces, su fe en ellas"². Queriendo creer con la razón y no con la vida, como escribió en el *Sentimiento Trágico*, perdió su fe. De aquí debió surgir la tragedia de su vida, su terror a la muerte (que sin la inmortalidad del alma representaba la caída en la nada absoluta), su afán apasionado de inmortalidad literaria y la búsqueda desesperada de la fe pura de su niñez. No conviene aquí tratar más detenidamente la crisis mística y religiosa de Unamuno, pues es un asunto agotado por especialistas como Benítez, Azaola y Zubizarreta. Cuando hablamos de un pensador tan cambiante y paradójico, parece difícil establecer una línea constante de pensamiento y conducta en Unamuno; sin embargo, se puede hablar de la predominancia de su heterodoxia. Se ha de recordar también su deseo de singularidad e independencia. Se ha visto que en un momento está de acuerdo con la ortodoxia y muchas más veces se niega a dar el paso decisivo que someta sus creencias a la autoridad eclesiástica y regresar como hijo pródigo al seno de la Iglesia. Rebelde, ávido de independencia en todo, no tardará en caer en la heterodoxia, en donde se esforzará por quedarse, a veces sin éxito. En fin, el año de 1897 marca la fecha de su conversión al catolicismo. Descubrió con claridad el error "du mal du demi-siècle, la lutte renanienne entre la raison et la foi, crise obligatoire de l'intellectuel en ces années-là"³. A Unamuno, uno de los militantes del humanismo ateo de su época, le llamó Dios.

Consideremos ahora a Françoise Mauriac. ¿Cuáles son los hechos citados referentes a Unamuno que permiten comparación? Murió el padre de Mauriac cuando éste tenía apenas dieciocho meses, es decir, mucho más niño que Unamuno. Como en el caso del español, Mauriac se vió entregado a los cuidados exclusivos de su madre, rigurosa y profundamente cristiana. Viuda muy joven y madre de cinco hijos, siendo François el benja-

² LUIS S. GRANJEL: *Retrato de Unamuno*. Ediciones Guadarrama. Madrid, 1957, página 71.

³ R.-M. ALBÉRÈS: *Miguel de Unamuno*. Editions Universitaires. París, 1957, página 19.

mín, ella buscó refugio en su hogar. Parece que quería ante todo introducir en el alma de sus hijos las creencias apasionadas, serias y severas que eran las suyas. Comunicaba a sus hijos el temor del pecado y de la muerte que en cualquier momento pudiera sorprender a la existencia, abriéndole proceso ante un Dios temible. Los primeros años de François Mauriac están impregnados de una manera definitiva del espíritu religioso. "L'être que je serais aujourd'hui si, à dix-huit mois, j'avais perdu ma mère catholique au lieu de mon père incroyant, est inimaginable," decía Mauriac cuando tenía cincuenta años; "je ne le connaîtrai jamais; les possibles n'existant que dans la pensée de Dieu"⁴. Una vida saturada de cristianismo se prolongaba en el jardín de niños que dirigía la hermana Adrienne y aún después en el Colegio de los Maristas. En el Liceo de Burdeos, donde pasó un año, dejó un recuerdo de un alumno brillante que se deleitaba con Pascal y Racine. Como Unamuno, Mauriac era también un muchacho sensible, pero al contrario de aquél, no trataba de explicarse su niñez. Con la adolescencia sufre una sed de lectura y ha necesitado sustituir la realidad por el universo ilusorio de los novelistas. En su afán por la lectura, no se diferencia de Unamuno; éste empezó por los filósofos, mientras Mauriac se inició con el descubrimiento de los poetas y de los autores clásicos. También con la adolescencia principia, en parte como resultado de sus lecturas, la crisis moral que ha de continuarse durante toda la madurez del autor, durante toda su vida. Por su nacimiento, pues, Mauriac echa raíces profundas en la provincia y en una tradición fuerte de catolicismo. Siente una gran sed de cariño, de amor humano, de "nourritures terrestres". Pero la religión que él no escogió, la que le fue impuesta por su madre y por eso pesa sobre su alma, le parece una barricada que le impide gozar los placeres carnales y humanos que le brinda la vida. De su gusto por la soledad nació ya el conflicto interior de Mauriac: luchó entre el bien y el mal, entre la naturaleza y la gracia, debate en que se hayan centrados su vida y su obra y en donde hará el esfuerzo por establecer un equilibrio. Aquí insistimos en el combate entre su deseo y su fe, fe que nunca perdió como la perdió Unamuno de momento. Licenciado en Letras, Mauriac se dirigió hacia París en 1906 para llevar estudios en l'Ecole des Chartes, pero acaba por dedicarse a la literatura y abandona los estudios.

En lo que se refiere a la obra de los dos escritores, es preciso señalar una producción extraordinaria en cada caso. En el espacio a que nos limitamos podemos aventurar unas cuantas observaciones comparativas. Mauriac debutó como poeta, se cambió a novelista de categoría y a dramaturgo y sigue hoy en día en el periodismo. Unamuno, en cambio, principió como novelista y cultivó todos los géneros literarios. Profesor de griego y periodista, filósofo y crítico de literatura española e hispanoamericana, en-

⁴ FRANÇOIS MAURIAC: *Commencements d'une Vie*. Editions Palatine. Genève-París, 1953, pág. 20.

sayista, novelista y poeta, lector incansable de todos los libros extranjeros que recibe (basta examinar su biblioteca en la casa-museo de Salamanca) defensor de la esencia de España, Miguel de Unamuno abraza en su obra un campo tan extenso que al examinarla, se encuentra una yuxtaposición de títulos y un catálogo. Aunque su obra esté vinculada a la filosofía, es preciso, me parece, no olvidar que sus libros son literarios en primer lugar. Ante todo, su obra es literaria. Repetidas veces se ha escrito que Unamuno no tiene un sistema filosófico propiamente dicho, pero sí se ha acertado al decir que, pensador angustiado y trágico, es un precursor del existencialismo cristiano. En cuanto a su novela, lo que le interesaba a Unamuno es convertirla en acceso a la realidad. Para él, la novela es un medio de conocimiento del hombre. Ferrater- Mora piensa que Unamuno no nació novelista en la misma forma en que nacieron novelistas Flaubert, Galdós, Dostoievski, por ejemplo, y hoy en día Mauriac, Faulkner y Cela⁵. Sostiene que uno escribe novelas por haber nacido novelista, así como se nace poeta o matemático, o para ganar más o menos bien el pan cotidiano, o para hacerse fama de escritor, o porque se divierte en crear motivos y personajes y en contar sucesos, o bien por todos los motivos citados. Unamuno escribió sus novelas sin motivo o por todos los motivos, pues su único tema fue siempre el hombre. Es la repetición del mismo tema: "¿Cuál es el secreto de la vida humana?" o lo que él expresó en otra parte como "el apetito de divinidad, el hambre de Dios". Mauriac también tiene el mismo espíritu que Unamuno cuando escribe sobre "la misère de l'homme sans Dieu", la imposibilidad para el hombre de satisfacerse sin Dios. En la novela *Galigai* un personaje espera desesperado: "Ce quelqu'un qui attend Nicolas Plassac à l'endroit où la route traverse le leyrot, c'est Dieu." Mauriac no escribe novelas sólo como artista que quiere hacer una obra, sino también como hombre que debe librarse de su lucha interior para tratar de contestar a las preguntas que la vida hace a las almas angustiadas. Siempre para librarse, por eso escribe Mauriac. El estremecimiento interior de él se comunica no sólo a los personajes, sino también al lector. Mauriac y Unamuno están viviendo en cada una de sus obras, con todo su pasado, con sus tormentos, con su concepción del hombre.

El estudio de sus vidas demuestra que Unamuno y Mauriac vivieron en un medio burgués más o menos parecido, inspirado en parte por el mismo espíritu. Los dos tenían un sentido de la familia cuyo carácter religioso penetraba y guiaba todos sus actos. Una adolescencia solitaria les había proporcionado una curiosidad intelectual y un gusto por la lectura que les ayudó a encontrar su camino en la literatura. En su vida, pese a ciertas diferencias apreciables, carrera más difícil de Mauriac,

⁵ J. FERRATER-MORA: *Unamuno, bosquejo de una filosofía*. Buenos Aires, 1944, página 112.

numerosas preocupaciones materiales para Unamuno, encontramos la misma vida familiar feliz, en la que la madre tiene un papel importante. Hay el mismo interés por la política de sus países respectivos, el mismo afán de darse a conocer en el mundo por medio de sus escritos. Pero lo que les une más todavía es que en su vida de adultos los dos experimentaron una crisis religiosa intensa y profunda, a la que ya nos hemos referido, una crisis que marcó sus almas y sus obras de un modo indeleble.

El estudio de sus obras, de sus novelas en particular, demuestra de una manera general el gran parentesco que hay en la creación de la mujer como personaje. Aunque en Unamuno se tratan casi siempre los problemas de la maternidad en sus diversas formas, en Mauriac encontramos esa misma maternidad menos violenta y menos excesiva, pues la madre que crea no se muestra tan atormentada por su pasión maternal. Casi todas las madres del mundo novelístico de Unamuno viven angustiadas por esta pasión, que se satisface en unas, que queda insatisfecha en otras, pero que como pasión logra desplegarse en todos los personajes. Sin estudiar el de la madre en detalle, conviene señalar las categorías en que pueden agruparse. En la obra unamuniana existen las víctimas de la maternidad insatisfecha y se encuentra la solución que algunas le dan al problema, ora de manera violenta, ora resignadas y sin resultados trágicos. Hay casos de mujeres para quienes la maternidad hubiera sido una evasión o un medio de seguir adelante y, en fin, el caso de una maternidad virginal en *La tía Tula*. Sin embargo, al considerar el personaje de la madre en Mauriac, hay que insistir tanto en las divergencias como en las semejanzas que tiene con las de Unamuno. En cuanto a Mauriac, es de notar que sus madres son verdaderas madres, que la maternidad es un hecho. Entre ellas encontramos madres autoritarias y abusivas que llegan a exigir de sus hijos la vida misma; pero también hay caso de amor maternal desinteresado con todas sus variantes.

En muchos aspectos, y sin querer, vemos que Mauriac se parece a Unamuno: el mismo ambiente familiar, la misma juventud solitaria, la misma cosecha de honores, la misma tristeza lúcida ante el destino, el mismo estilo musical intenso. Algunos podrán afirmar que Unamuno y Mauriac no tienen nada de humoristas, aunque ello significaría quitarle a Unamuno una de sus más queridas ilusiones. En fin, se podría multiplicar hasta el infinito el acercamiento entre ellos.

Sobre el plan filosófico, el problema, tal como se le presenta a Mauriac, es el de la salvación; para él lo espiritual conduce a Dios y, por lo tanto, a un plano sobrehumano; para Unamuno, en cambio, el secreto de la vida reside en el ansia de vivir eternamente, de sobrevivir al tiempo y al espacio. Se revela en toda su obra la preocupación por la inmortalidad, vista siempre desde el plan humano. Existe en todos

los hombres, creyentes o agnósticos. El deseo de la vida eterna es el que dio inmortalidad a Don Quijote de la Mancha y a don Miguel de Unamuno. Este entendía la paternidad como manifestaciones características del ansia de sobrevivir. Sus creaciones literarias, sus madres en particular, no buscaban la salvación en otro mundo, sino en el actual. Mauriac, cristiano ortodoxo y tradicionalista, traduce esta aspiración del hombre (y es suya, no cabe duda) en estos términos: "L'artiste veut échapper à son désert durant sa vie, mais aussi il veut échapper à la solitude totale de la mort. Quand ce ne serait qu'un livre, quand ce ne serait qu'une page, qu'une ligne, ah! que quelque chose de nous ne périsse pas, qu'une jeune bouche humaine, dans les siècles des siècles, se gonfle encore du chant que nous avons inventé."⁶ Muestra en toda su obra la preocupación religiosa de la salvación. Sus madres, hasta las farisaicas, son cristianas y se preocupan por la salvación. Unamuno, también cristiano, más personal y original, se persuadió de que el problema capital es religioso. Ha dicho en uno de sus escritos que no hay salvación fuera del cristianismo, que él sólo nos da la razón y el consuelo de vivir. ¿Cómo explicar, pues, que el español, que se dice profundamente cristiano, haga aparecer a Dios tan raras veces en su obra? Y lo que es más, en la obra de Unamuno hay pocas referencias a la educación cristiana de su niñez, mientras que en la obra mauriaciana están diseminadas en toda ella.

Si el centro de gravitación de la obra de Unamuno es el hombre, se explica la ausencia absoluta de paisajes y descripciones en su obra novelística y teatral. Todo lo que no sea acción y conducta humana carece de interés para él. Cuando su gusto le conduce a cultivar el género literario paisajista, escribe libros dedicados a eso. No sitúa sus personajes en un cuadro, en una época o en un medio particular; nos los muestra más bien en el acto de reaccionar, sufrir y vivir. François Mauriac, como él, coloca al hombre en el centro de su universo novelístico y se conoce que está lejos de ignorar la importancia del paisaje, de la región y del medio ambiente. Sus personajes son parte misma del clima y región donde nacen, viven y mueren. La región es la misma del autor. Quizá sus personajes estén mejor perfilados que los de Unamuno, quien parece reducirlos a su esencia. Este quería dejar al lector el gusto de vestir a sus personajes a su manera, porque al darles vida les había dotado de una realidad verdadera e íntima. En fin, es incontestable que los dos autores, en cuanto a sus personajes, tienen un punto común: el de mostrárnoslos con el alma desnuda, con sus pasiones, deseos y transportes y siempre de una manera realista, sobria y concisa.

⁶ FRANÇOIS MAURIAc: *Dieu et Mammon*. Les Editions du Capitole. París, 1929. página 146.

Unamuno y Mauriac han repetido más de una vez que, acabada su obra, no la vuelven a tocar. Esperan, por tanto, que haya quien la quiera leer, creyendo que no debe el autor imponer sus ideas al lector. Al contrario, debe excitar y animar las ideas de este último. Unamuno escribe que si logra provocar un solo pensamiento en su lector, aunque fuera contrario al suyo, considera haber cumplido con su deber. En cuanto a Mauriac, estima que si uno se reconoce en su obra, si él logra influir en el destino del lector, orientar su vida, entonces su esfuerzo no habrá sido en vano. Es necesario que se le permita al autor la libre expresión, pero también debe ser sincero. Se puede quizá reprochar muchas cosas a Unamuno y a Mauriac, todo menos su sinceridad, que es incontestable. Cada lector interpretará sus escritos de un modo particular, a su manera; el buen lector llenará las lagunas que encuentre en lo que lea, pero para lograrlo, según Unamuno, debe poseer una educación estética que le permita comprender al autor.

CLIFFORD J. GALLANT

Northern Illinois University
Department of Foreign Languages
De Kalb, Illinois
U. S. A.